

en nuestro cerebro físico. Así como la biología fue revelando que el «aliento» que animaba cuerpos inertes era comprensible a través de reacciones químicas, también la neurociencia y la filosofía han ido entendiendo que nuestra tan particular capacidad para «diferenciar el bien y el mal» no necesariamente viene de algún plano metafísico. Ni la vida, ni la conciencia, ni nuestra esencia individual, necesariamente obligan a invocar esa premisa que durante tanto tiempo hemos aceptado como cierta: que «tenemos alma». Nuestra capacidad para reflexionar sobre nuestra propia existencia está alojada en las redes neuronales de nuestro cerebro y el resto de las explicaciones simplemente se hacen redundantes.

¿Hay, en definitiva, algo que nos diferencie de los animales no humanos? Siempre se creyó que sí. Siempre se creyó que desde un principio habíamos «sido creados» con un propósito y que **todo** había sido creado **para** nosotros. Hasta que llegó Charles Darwin y nos sugirió que quizá el límite entre lo animal y lo humano lo habíamos imaginado nosotros mismos. Pues quizá nunca existió un Adán: un humano que literalmente no tuvo padres biológicos —o bien, como es interpretado por algunos creyentes modernos— un individuo específico en el tiempo que fue el primero en nacer con alma humana cuando ninguno de sus antepasados la había tenido.

---

*Lectura recomendada:*

De todas las fuentes que consulté sobre las más tempranas migraciones humanas, ninguna me resultó tan completa, rigurosa y visualmente ilustrativa como el número “Cómo poblamos el mundo” (2023) de la revista *Desperta Ferro* (ver bibliografía).

## 6

### UNA SOLA HUMANIDAD

*El origen de las «razas» humanas y ¿los hijos de Noé?*

«Respecto de las causas de la variabilidad, somos en todos los casos muy ignorantes, pero podemos ver que, tanto en el hombre como en animales inferiores, guardan cierta relación con las condiciones a las que cada especie ha estado expuesta durante varias generaciones».

—*Descent of Man*, CHARLES DARWIN. Capítulo 2.

«La historia muestra que toda civilización proviene de la raza blanca, que ninguna civilización puede existir sin su ayuda, y que una sociedad es grande y brillante solo en la medida en que conserva la sangre del grupo noble que la creó».

—*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*,  
ARTHUR DE GOBINEAU

«En cuanto a tus esclavos y esclavas, podrás adquirirlos de los pueblos que te rodean, de entre los extranjeros que habitan en medio de vosotros».

—Levítico 25:44. (RVA-2015)

El 27 de diciembre del año 1831, el joven inglés Charles Darwin, de solo veintidós años, graduado de bachiller en Cambridge, con estudios incompletos en medicina e instrucción autodidacta en historia natural y geología, se embarcó en un viaje que cambió radicalmente la dirección de su carrera científica. Fue invitado como el naturalista/geólogo a bordo de la expedición del HMS Beagle, cuyo objetivo primario, al mando del capitán Robert FitzRoy, era la realización de estudios hidrográficos de las costas de Sudamérica. Desde Plymouth la nave atravesó el Atlántico hacia el suroeste, parando en dos localidades de Brasil y también Montevideo; cruzó el paso transoceánico de Magallanes, luego se detuvo en Valparaíso, Lima y las Galápagos. Ya al otro lado del Pacífico, la nave se detuvo en Australia, las islas Mauricio, Sudáfrica y finalmente, casi cinco años después de su partida, estaba de vuelta en puerto inglés.

Darwin tenía interés por todos los aspectos de la naturaleza, especialmente por el estudio de los seres vivos en toda su diversidad. Durante el viaje, una de las «diversidades» que más lo intrigaron fue la que observó en las distintas «razas» del ser humano. En Sudamérica compartió con gente de las jóvenes naciones criollas, con nativos indígenas del continente y con esclavos de origen africano. Si bien se podía decir que todos los mencionados participaban en grado variable de la vida civilizada, no podía decirse lo mismo de los hombres que conoció en Tierra del Fuego, el extremo sur del continente Sudamericano. Los fueguinos yámanas eran hombres verdaderamente *savages*, «salvajes»: primitivos, desnudos, de pelo largo, caras pintadas, de piel roja, «sucias y grasientas», como anotó en su diario<sup>1</sup>. Lo que era aún más interesante, era que Darwin ya había conocido hombres fueguinos con anterioridad. De hecho, tres de ellos venían con él y el capitán FitzRoy a bordo del Beagle. Habían sido hechos «pasajeros» en

un viaje anterior del Beagle, habían pasado poco más de un año en Inglaterra —donde se vistieron como caballeros y aprendieron las maneras y el idioma inglés— y ahora iban de regreso a su tierra originaria. Darwin ya había notado los modales civilizados y las facultades mentales de los fueguinos a bordo, no tan distintas a los de un inglés cualquiera, entendiéndolo que no fueron criados desde niños en la alta cultura. Grande fue su sorpresa al apreciar el salvajismo del cual habían salido hace no tanto tiempo atrás.

¿De dónde ha venido esta gente? ¿Es que acaso se han quedado en el mismo estado desde la creación del mundo? ¿Qué pudo haber tentado a una tribu de hombres a abandonar las buenas regiones del Norte (...) para inventar y construir canoas, y luego entrar a una de las regiones más inhóspitas del mundo?<sup>2</sup>

Del fueguino quinceañero Orundellico —llamado en inglés Jemmy Button— Darwin anotó: «Me parece increíble, cuando pienso en todas sus buenas cualidades, que él haya pertenecido a la misma raza, y sin duda haya compartido la misma forma de vida, con los salvajes miserables y degradados que conocimos aquí»<sup>3</sup>.

Darwin dedicaría su vida a responder todas las interrogantes que en ese momento surgieron. Si estos hombres eran lo mismo que él, «descendientes de Adán», ¿por qué existía ese abismo de diferencia con un *gentleman* inglés, civilizado y refinado? ¿Eran realmente estos hombres salvajes, en su esencia, *lo mismo que él*?

El enigma del cómo y el porqué es que existen tantas «razas», etnias, culturas e idiomas distintos en el mundo, ha sido una preocupación humana desde los principios del pensamiento. Para el Génesis en la Biblia, la explicación aparece inmediatamente después del Diluvio. Ya vimos cómo Noé se convierte en el nuevo ancestro común de toda la humanidad. Resulta que cada uno de sus tres hijos —Shem, Kham y Yefet<sup>4</sup>— pasará a ser el patriarca

2. Ibid., pp. 150-151.

3. Ibid., p. 146.

4. En traducciones de la Biblia al castellano, encontraremos los nombres Sem,

1. Darwin (1959, p. 150). Traducciones al castellano por el autor.

de cada uno de los tres grupos étnico/raciales del ser humano, «y a partir de ellos se pobló toda la tierra». Los hijos de sus hijos, a su vez, se convierten en padres fundadores de pueblos y naciones más específicas. Este era todo el conocimiento que se tenía respecto al origen de las diferencias físicas y culturales entre los seres humanos, antes de la revolución científica. Pero con el descubrimiento de América y Australia —regiones evidentemente desconocidas por el autor del Génesis— la explicación bíblica demostró estar incompleta. ¿De cuál patriarca bíblico descendían los fueguinos? En el siglo XVIII, los estudiosos empezaron a poner en duda las Escrituras, y el vacío de conocimiento impulsó una carrera por encontrar una explicación más científica al asunto. ¿Cuál es el origen de las diferencias entre seres humanos?

Esta era la época en que el comercio transatlántico de humanos esclavizados de origen africano acababa de salir de su apogeo, y ya estaban empezando a escucharse las primeras inquietudes morales respecto a la jerarquización de los seres humanos sobre bases «raciales». El porqué de las diferencias físicas y culturales entre los distintos grupos de seres humanos del mundo ha despertado siempre una curiosidad tan inquietante como la incógnita del origen mismo de nuestra especie, y no menos legítima de merecer una respuesta.

## EL ORIGEN DE LA DIVERSIDAD

En el temprano siglo XIX, se desarrollaron dos líneas de pensamiento acerca del origen de las «razas» humanas: el **monogenismo** y el **poligenismo**. El monogenismo, aceptado por la mayoría, teorizaba que una pareja de «primeros humanos» fueron los ancestros comunes de toda la humanidad (al estilo de, pero no necesariamente, Adán y Eva) y que los seres humanos *fueron desarrollando* diferencias con el paso de las generaciones. El

---

Cam y Jafet. Yo he optado por mantener la transliteración original del hebreo: Shem, Kham (se pronuncia «Jam») y Yéfet.

poligenismo, por otro lado, afirmaba que cada uno de los grupos raciales «emergió» por proesos naturales o bien «fue creado» de manera paralela e independiente. En palabras simples, los poligenistas sostenían que, así como el perro y el caballo emergieron *por separado*<sup>5</sup>, de la misma forma emergieron (o fueron creados) *por separado* el hombre africano, el hombre asiático y el hombre europeo. Si es que se les puede llamar a todos «hombres» en ese contexto, pues algunos teorizaban, se trataba de distintas especies. Naturalmente, la teoría del poligenismo se vio favorecida por los defensores de la esclavitud. No era, en esa época, tan descabellado sugerir que cada «raza» tenía características propias y esenciales, las cuales se traducían en una jerarquía natural donde unos estaban diseñados para obedecer y otros para dominar. La posesión y comercio de personas esclavizadas fue uno de los temas que más marcaron el siglo XIX, generando agitados debates en política, ética, teología, ciencia e incluso economía. Revisemos algunos eventos clave que estaban ocurriendo en la época:

- **1791-1804:** La revolución de los esclavos de Saint-Domingue contra el dominio colonial francés resulta en la independencia de Haití, anticipándose a las independencias de todas las naciones latinoamericanas, y convirtiéndose el primer estado postcolonial de población mayoritariamente africana.
- **1807:** El Parlamento británico prohíbe el comercio de esclavos en el Imperio británico. 1811: «Libertad de vientre» en Chile. Hijos nacidos de esclavas son hombres libres.
- 1810-1860: La mayoría de los gobiernos de Latinoamérica legislan para abolir la esclavitud y el comercio de esclavos.
- **1815:** Congreso de Viena. Las principales potencias europeas se manifiestan en contra del comercio de esclavos en las colonias.
- **1833:** Acta de Abolición de la Esclavitud a lo largo del Imperio británico.

---

5. Como se expuso en el capítulo 4, hoy sabemos que el perro y el caballo tienen un antepasado común.

- **1848:** Las revoluciones de 1848 amenazan con derribar el orden aristocrático europeo, inspirando a varios autores a reflexionar acerca de la naturaleza de la diversidad y desigualdad humana, cuyas ideas serán influyentes en el...
- **1861:** Inicio de la Guerra Civil Estadounidense, gatillada en gran medida por la oposición ideológica entre esclavistas y abolicionistas.
- **1865:** Fin de la Guerra Civil Estadounidense. La Unión liderada por Abraham Lincoln derrota a los Estados Confederados. Abolición de la esclavitud en la Decimotercera Enmienda a la Constitución.
- **1869:** Abolición de la esclavitud en el Imperio portugués.
- **1888:** «Lei Áurea» declara inmediata libertad a todos los esclavos de Brasil, sin indemnización a los propietarios de esclavos.

Este era el estado de las cosas cuando Charles Darwin formuló y publicó sus teorías entre 1859 y 1871, siendo él mismo un entusiasta defensor de la política abolicionista. Entre monogenistas y poligenistas, resultó al final que ninguno de los planteamientos estaba en lo correcto, puesto que el problema estaba mal enfocado en principio: ningún ser vivo *fue creado*, sino que todas las especies que viven y han vivido, descienden de una forma de vida preexistente, trazable hasta el origen mismo de la vida en la Tierra. Charles Darwin no fue el primero en proponer la idea de un origen común, pero fue el primero en exponer abundante evidencia de ello en sus obras *The Origin of Species* y especialmente en *The Descent of Man*. Las teorías de Darwin responden dos incógnitas a la vez: el porqué de la existencia de la diversidad de seres vivos y el porqué de la variabilidad intraespecie, como lo son las llamadas «razas» del hombre.

El objeto de esta obra es considerar, primero, si el hombre, como todas las otras especies, desciende de alguna forma preexistente; segundo, la manera de su desarrollo; y tercero, **el valor de las diferencias de las llamadas razas del hombre.**<sup>6</sup>

6. Darwin (2004, p. 18). Traducción por el autor.

Si aceptamos que todas las especies vivas comparten ancestros comunes en el árbol de la vida, lo mismo era aplicable para los humanos de las distintas regiones del mundo. Si bien esta aseveración se asemeja al pensamiento monogenista, la gran diferencia con este (siendo la observación más controversial de Darwin) fue plantear que los ancestros comunes de la humanidad no fueron precisamente Adán y Eva —los humanos perfectos, creados a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26)— sino una línea de criaturas primitivas, más propias del mundo de las «bestias», que nos posiciona como una especie cercanamente emparentada con los grandes simios llamados homínidos (chimpancés, orangutanes y gorilas). En su propia época, Darwin tuvo que enfrentarse a burla y controversia, tanto en los círculos académicos como populares. Como veremos más adelante, esta reacción fue natural en consideración de los problemas sociales e intelectuales de la época. Aparte de desautorizar la narrativa bíblica (Adán y Eva no pueden existir en el modelo darwiniano), la teoría de evolución proponía un origen común de todos los seres humanos del mundo, sean blancos o negros, aristócratas o plebeyos. Sin embargo, el modelo teórico de Darwin, el cual es famosamente conocido como **la evolución de las especies por selección natural** es actualmente el paradigma central de las ciencias biológicas, pues bajo el más amplio término de **síntesis evolutiva moderna**, los mecanismos originalmente propuestos por Darwin son hoy comprendidos hasta el detalle molecular. Como escribió famosamente el biólogo Theodosius Dobzhansky en 1973, «nada en biología hace sentido sino bajo la luz de la evolución». No obstante, a pesar de todos los avances multidisciplinarios, la biología evolutiva sigue siendo una ciencia poco comprendida, frecuentemente malinterpretada e incluso abiertamente negada por muchos. Sea cual sea la postura preconcebida del lector, a continuación expongo los mecanismos teóricos que explican la diversificación de las especies, separados en tres conceptos fundamentales: **mutación, selección y aislamiento.**

Como se expuso en el capítulo anterior en relación con el ADN mitocondrial, cuando una población de organismos traspasa

sa sus genes a las generaciones futuras aparecerán **mutaciones** o *variantes genéticas accidentales* a una tasa que es medible, producto de desperfectos espontáneos de la maquinaria de replicación del material genético. Si tenemos una bacteria que se divide en dos, las dos se dividen en cuatro, luego ocho, dieciséis y treinta y dos, sabemos que no todas las treinta y dos serán una copia exacta de la primera, debido a estos errores aleatorios en el mecanismo de replicación. Si una población de tres millones de bacterias es sensible (vulnerable) a un antibiótico, pero una sola célula bacteriana individual, por una mutación azarosa, resultara ser resistente, las 2.999.999 morirán y la única sobreviviente potencialmente dará origen a una nueva población de bacterias que será resistente al antibiótico, habiendo heredado ese atributo. La población bacteriana «evolucionó», al costo de la muerte de la mayoría de los individuos. Esta es la **selección natural** de Darwin operando a nivel microscópico, fenómeno que en el reino bacteriano puede observarse en cosa de minutos. Debe entenderse la diferencia con la **selección artificial**, en la cual un ser inteligente (el humano) elige los rasgos deseados de un vegetal o animal domesticado. Por ejemplo, sembrar solo las semillas de la fruta más dulce (y eliminar las otras) o cruzar solo a los pollos más grandes para crear generaciones de pollos progresivamente más grandes.

A nivel macro —por ejemplo, en animales— las mutaciones aleatorias pueden manifestarse como rasgos físicos o de comportamiento, que pueden o no, ser favorables para la supervivencia, según las amenazas ambientales específicas a las que esa población está expuesta. Si alguna de estas variantes resulta en una mayor eficiencia para sobrevivir y reproducirse dentro de un ambiente específico, esta se hace más prevalente en un grupo y se mantiene a través de las generaciones. Los no-adaptados quedan vulnerables a las amenazas ambientales, y si esto les impide sobrevivir hasta cumplir el ciclo reproductivo, los individuos portadores de ese rasgo «desfavorable» serán eliminados precozmente, tenderán a disminuir en número y probablemente se extinguirán. Así, la especie *se adaptó* al ambiente (evolucionó), pero el precio a pagar fue alto: la muerte de todos aquellos individuos que no heredaron

el rasgo favorable para ese cambio ambiental. Como vemos, la evolución no es el placentero camino por el cual las especies vivas van felizmente adquiriendo nuevas habilidades. El motor principal de la selección natural es **la sobrevivencia del más apto**. Al ADN no le interesa el bienestar del organismo individual; la única meta es la multiplicación de copias del ADN poblacional, sin importar el número de muertes de organismos individuales. La muerte es fundamental para la evolución.

Estos son los mecanismos por los cuales entre 4 y 3 millones de años atrás una línea de simios cuadrúpedos que ocasionalmente podía practicar la bipedestación adquirió adaptaciones específicamente «humanas», siendo las más identificables la bipedestación, la posición erguida y un aumento progresivo del volumen cerebral. Son múltiples y complejas las teorías que explican cómo y por qué estas características fueron seleccionadas, pero simplificando, todas comienzan desde un mismo concepto: en un ambiente hostil y cambiante, la ventaja adaptativa la tuvieron los que se inclinaron hacia la bipedestación, la liberación de las extremidades superiores, y hacia el desarrollo de progresivas capacidades cognitivas y cooperativas. Cambios que además probablemente fueron sinérgicos entre sí, lo que explicaría la relativa rapidez de su aparición. Sin embargo, y recordando que la evolución no necesariamente es un «progreso» hacia formas «mejoradas», el precio a pagar por un mayor volumen craneano fue un muy ineficiente descenso de la cabeza fetal por el canal del parto —la amplitud de la pelvis femenina ahora restringida por la misma bipedestación— resultando en un evento altamente peligroso y de riesgo vital para madre e hijo. A todas luces, la evolución no es un proceso «dirigido» por un diseñador inteligente.

Ahora bien, la selección natural por sí sola no explicaba del todo la aparición de los rasgos fenotípicos «estéticos», aparentemente no-adaptativos que diferencian las apariencias de seres vivos de la misma especie. Aunque por otro lado, ¿quién puede asegurar que un atributo es únicamente estético con cero valor adaptativo? Darwin al menos, estaba cada vez más convencido de que tenía que existir un mecanismo alternativo y complementario

a la sobrevivencia del más apto. Sus observaciones en el mundo animal y humano lo llevaron a describir un segundo modelo: la **selección sexual**. Ejemplos de rasgos no-adaptativos del mundo animal eran, por ejemplo, la cola del pavo real o los enormes cuernos del carnero canadiense (*Ovis canadensis*), que aparentemente no cumplen ninguna función de defensa contra el ambiente. Por lo demás, solo los machos presentan esas variantes. ¿Por qué? Los carneros, por ejemplo, no usan sus cuernos para defenderse contra potenciales depredadores, tampoco para cazar (puesto que son herbívoros), sino que únicamente para participar en enfrentamientos macho-macho de la misma especie. Esta violenta competencia determina el acceso a una hembra para apareamiento; así, se reproducen solo los machos más fuertes del grupo (o bien los de los mayores cuernos). En el caso del pavo real, el éxito reproductivo se lo lleva el más atractivo y colorido. En muchos casos de selección sexual, el rasgo incluso puede ser perjudicial para la sobrevivencia, haciendo al animal más lento y menos discreto a la detección por depredadores. La **competencia reproductiva** ocurre en la mayoría de las especies animales, y el ser humano no es excepción. Es «la ventaja que algunos individuos tienen sobre otros del mismo sexo y especie» escribió Darwin «solo para fines reproductivos»<sup>7</sup>. Simplificando la idea, si se establece en una tribu humana que el canon social de atractivo físico será la presencia de un «rasgo estético X», los individuos que manifiesten este rasgo tendrán mayor éxito reproductivo que los otros. El rasgo estético se selecciona, y con el paso de los años será mucho más prevalente y marcado que antes. Pero ¿es la selección sexual la causa de la existencia de las llamadas «razas» del ser humano, definidas por las diferencias fenotípicas que nos conducen a identificar (objetiva o subjetivamente) poblaciones a simple vista? El mecanismo es interesante de considerar, y probablemente haya algo de cierto en ello, pero definitivamente no es el único; y con el avance de la biología evolutiva se han descrito múltiples mecanismos que podrían explicar las varianzas en la frecuencia de variantes genéticas a lo largo del tiempo.

7. Darwin (2004, p. 243).

Finalmente, es importante comprender el efecto inducido por el **aislamiento** entre poblaciones, especialmente si estas están expuestas a distintas condiciones ambientales. Si a una tribu de personas muy homogéneas la separamos en dos, instalándolas en continentes separados e imposibilitando la reproducción entre los grupos, el resultado después de miles de años será la acumulación de diferencias genotípicas y fenotípicas, dadas por una selección desigual de variantes genéticas azarosas, producto de la exposición a ambientes distintos. Si el aislamiento interregional entre poblaciones humanas se hubiese prolongado por cientos de miles de años más, no solo tendríamos «razas» distintas, sino además una pérdida de la fertilidad entre dichas poblaciones, declarándose entonces un cambio de *especie*. La llamada «raza», a fin de cuentas, no es otra cosa que la variabilidad intraespecie sometida a aislamiento prolongado.

Todas las diferencias entre seres vivos en el árbol de la vida son en realidad un continuo, donde las separaciones entre especies no siempre están claramente delimitadas; menos aún las diferencias entre las supuestas «razas». Este es, de hecho, el motivo por el cual se ha dejado de usar el término «árbol de la vida», prefiriéndose hoy la analogía a un «arbusto interconectado». Esto, porque en definitiva el aislamiento entre poblaciones rara vez es tan absoluto o sostenido, y a menudo ocurrirán reencuentros fértiles entre poblaciones moderadamente distanciadas (como el reencuentro *sapiens*-neandertal). El efecto final se grafica en un tronco que se bifurca en dos ramas primarias, cada una de las cuales en numerosos segmentos proyectará ramas secundarias que vuelven a hacer contacto con las ramas secundarias contralaterales (cosa que normalmente no ocurre en un árbol). El problema del árbol de la vida es que transmite una irreversibilidad del proceso una vez que «ocurre el cambio de especie». Pero la verdad es que este «cambio» nunca realmente ocurre en un momento puntual. Nunca una especie *cambia* a otra. Solo dando pasos agigantados a través del tiempo es que será posible apreciar cambios significativos. Y en definitiva, esto es lo que se hace en filogenética; encontramos fósiles y les ponemos nombre, muchas veces usando criterios morfológicos que están abiertos a la subjetividad del observador.

## AISLAMIENTO BAJO DISTINTOS AMBIENTES

Regresando a nuestra reconstrucción del Pleistoceno Tardío en que ocurrieron las tempranas migraciones humanas hacia todos los continentes del planeta, aplicamos los conceptos darwinianos para comprender el origen de la diversidad humana. Destacamos los efectos geográficos y climáticos que actuaron en el proceso de *aislamiento* entre las distintas y distanciadas poblaciones humanas.

Es importante recordar, que grandes migraciones no ocurrían en el tiempo de vida de un solo individuo. Cada generación avanzaba una distancia muy pequeña (o no lo hacía en absoluto), de manera que los movimientos intercontinentales que vemos en el mapa son resultado de cientos y miles de años de movimiento, de bandas compuestas por muy escasos individuos moviéndose muy lentamente. Una vez instalados en todos los rincones del mundo, comenzó un período caracterizado por un clima favorable para la vida en general: el Holoceno. Este cambio tuvo dos efectos: primero, una disminución en la necesidad migratoria de los humanos, dada la mayor disponibilidad de alimento en sus respectivas localidades; y segundo, modificaciones geográficas e hidrográficas que clausuraron muchos puentes intercontinentales que habían sido utilizados con anterioridad, dejando a muchos grupos humanos aislados en el territorio donde ya estaban instalados. Uno de los mejores ejemplos, ya lo vimos en el capítulo anterior, es el llamado puente de Beringia, que alojó animales y humanos asiáticos a medio camino entre Siberia y Norteamérica, hasta aproximadamente 15 kya. Pero cuando el nivel oceánico empezó a subir, la tierra de Beringia fue inundada, siendo imposible volver atrás. El único camino era hacia adelante. Los beringios se las arreglaron para avanzar por los corredores libres de hielo de Norteamérica, convirtiéndose en ancestros de todas las gentes de Norte y Sudamérica. El boleto de ida no tenía retorno; para regresar a Asia, estas poblaciones tendrían que esperar hasta la era de los viajes transoceánicos.

Algo similar, puede decirse, ocurrió en el continente africano. El clima desértico que hoy se extiende a lo largo de todo el

tercio septentrional de África y la península arábiga no siempre ha sido igual. En varios millones de años, la región ha pasado por ciclos intermitentes donde la extrema sequía se intercala con breves períodos de mayor humedad en que el desierto se convierte en una sabana capaz de alojar abundante flora y fauna, llamados «períodos verdes del Sahara» (*Green Sahara Periods*). El penúltimo período verde ocurrió entre 85 y 75 kya (Ait-Brahim et al., 2023), en pleno período glacial del Pleistoceno Tardío. ¿Hubo presencia humana en el Sahara durante este período? Probablemente, pero desapareció con la nueva desertificación de la región. La principal migración fuera de África, como vimos, ocurrió entre 60 y 50 kya, usando el Nilo como corredor hacia el Sinaí y Asia suroccidental, cuando el resto del Sahara estaba totalmente seco. Durante el Último Máximo Glacial (26-20 kya), el Sahara llegó a ser incluso más seco y extenso de lo que es hoy, dificultando (¿o imposibilitando?) todo tipo de migración transahariana.

Entre 11 y 5 kya, el Sahara experimentó un último período verde, durante el cual ha sido posible detectar huellas arqueológicas de presencia humana. En este momento, cazadores-recolectores que vivían en el norte de África (desde antes del período de aridez extrema de 26-20 kya), recibieron flujo genético de agricultores provenientes de la península ibérica y pastores provenientes del Levante. Pero a pesar de la disminuida hostilidad climática del Sahara en el período húmedo, el intercambio desde el África subsahariana fue muy limitado. Luego, unos 5.000 años atrás (es decir, alrededor del año 3000 a. C.), el Sahara y la península arábiga volvieron a su fase desértica, y así permanece hasta el día de hoy. Los grupos humanos que habitaban el Sahara probablemente disminuyeron en número, se dispersaron o se integraron con otras poblaciones vecinas, hacia el Nilo y el Mediterráneo. Pero el Sahara propiamente tal quedó prácticamente despoblado.

En síntesis, húmedo o desértico, el Sahara siempre ha sido una barrera efectiva que durante miles de años ha obstaculizado el flujo genético entre el África subsahariana y el África septentrional y el resto del mundo. Extrapolando a eventos migratorios previos, las intermitencias climáticas han sido probablemente el

factor determinante que dio la oportunidad de «salir» del África subsahariana a distintas especies de homínidos, y en momentos muy puntuales del tiempo. Hubo repetidas ventanas, donde no necesariamente el desierto se volvió «verde», pero en que la aridez del Sahara y del norte de Arabia disminuyeron hasta el punto de permitir un paso limitado. Habitualmente preferimos entender el proceso recordando las fechas hito: que el *Homo erectus* salió de África 1,8 millones de años atrás, que el ancestro común de los neandertal/*denisova* salió de África unos 0,6 millones de años atrás, y que *Homo sapiens* hizo varias salidas entre 80 y 50 kya. Y si bien es importante y didáctico recordar las primeras veces, debemos entender que este es un proceso en el que se están abriendo ventanas climáticas periódicamente, en intervalos recurrentes que duran, y están separados por, decenas de miles de años (Groucutt *et al.*, 2021).

Bering y el Sahara son los ejemplos más representativos de corredores transitorios que una vez cerrados han dejado poblaciones aisladas a cada lado. Fue la relativa estabilización del clima en el Holoceno, podríamos decir, lo que dejó arraigados a cada uno de los grandes grupos humanos en sus respectivos hábitats autóctonos, a lo largo de cinco continentes separados por enormes distancias. El número reducido de individuos que componían cada comunidad, expuesto a distintas condiciones ambientales a lo largo de más de 20.000 años, constituye, en última instancia, la base del origen de la diversidad biológica de nuestra especie.

## LAS «RAZAS» HUMANAS ANTES DE DARWIN

Las cronologías y rutas de las tempranas migraciones humanas, al igual que los mecanismos celulares y moleculares de la heredabilidad en los organismos vivos, la existencia misma del ADN, no eran conocidos en la época de Darwin. Desde luego que tampoco existía aún ninguna pista respecto de la antigüedad de la humanidad. Solo existía la innegable observación de que comunidades humanas

provenientes de distintos orígenes geográficos eran visualmente diferentes entre sí, y que dichas comunidades habían terminado en condiciones sociopolíticas muy disímiles tras haber existido la misma cantidad de siglos en la historia. ¿Era su estado final en la historia un reflejo fiel de las «habilidades» que cada grupo humano era capaz de ejecutar? ¿Estaba la «capacidad humana» de cada grupo (y de cada individuo que pertenecía al grupo) *determinada por* las diferencias físicas que eran observables a simple vista? La conclusión a la que habían llegado la mayoría de los pensadores europeos del siglo XVIII era que la respuesta a estas preguntas era «sí». Esto es lo que se llama **determinismo racial**.

Así, cuando Darwin aún era un joven sin experiencia, ya se habían hecho numerosos intentos por clasificar sistemáticamente los grupos raciales del ser humano. Mencionamos a Carl Linnaeus<sup>8</sup>, David Hume, Immanuel Kant; todos brillantes pensadores de la Ilustración Europea, quienes tocaron el tema racial de manera secundaria y marginal dentro de lo que fueron sus monumentales obras. Aparte de *enumerar* las «razas» o variedades de la especie humana, los tres proporcionaron *descripciones* de cada «raza» y estuvieron de acuerdo que la «raza» efectivamente define las capacidades o especializaciones de cada persona por «ley natural». Por ejemplo, la superioridad intelectual de algunos y la mayor capacidad física de otros. Así, los primeros estarían «naturalmente» diseñados para ser señores y sabios, mientras que los segundos estarían «naturalmente» diseñados para la servidumbre y el trabajo físico.

Estas ideas no eran nuevas. «La naturaleza quiere», había escrito Aristóteles acerca de la relación amo-esclavo:

Incluso hacer diferentes los cuerpos de los libres y los de los esclavos: unos, fuertes para los trabajos necesarios; otros, erguidos e inútiles para tales menesteres, pero útiles

8. El padre de la taxonomía, y nada menos, el inventor del «*Homo sapiens*», al igual que de todo el sistema de nomenclatura binomial con que identificamos a cualquier especie viva.

para la vida política (ésta se encuentra dividida en actividad de guerra y de paz).<sup>9</sup>

Linnaeus, Hume y Kant eran monogenistas (consideraban que todos los humanos tenían un origen común), pero también concordaron en que la «raza europea» ocupaba el primer lugar de la jerarquía, y la «raza africana» ocupaba la última. Entiéndase jerarquía en este caso, en términos de superioridad para alcanzar grandes logros humanos o desarrollar civilizaciones.

Alrededor del mismo tiempo en que Kant estaba escribiendo sobre temas de raza desde Prusia, un poco más al oeste, en Alemania, el médico alemán Johann Friedrich Blumenbach hizo uno de los primeros intentos por clasificar las «razas» de la especie humana en base a criterios anatómicos medibles. En su tesis *De generis humani varietate nativa* (1775) dividió la especie humana en cinco grupos:

- Raza caucásica o blanca (europeo).
- Raza mongólica o amarilla (asiático).
- Raza malaya o café (oceánico).
- Raza etíope o negra (africano).
- Raza americana o roja (nativo americano).

La clasificación de Blumenbach a primera vista parece estar basada en una simple apreciación del color de piel, no tan distinto a las clasificaciones que se habían propuesto anteriormente. Pero aquí al menos había una propuesta para darle una base empírica a la interrogante de las variedades humanas. En efecto, el trabajo de Blumenbach consistió en análisis de la forma de los cráneos. ¿Encontró a partir de sus datos craneométricos un sustrato empírico que objetiva e inequívocamente condujera a una precisa división entre grandes grupos raciales? No. Su clasificación en gran medida provenía de nociones preexistentes sustentadas en apreciaciones selectivas y subjetivas. Por lo que, siendo estrictos, la metodología de Blumenbach su metodología pertenece más al terreno de la protociencia o de la especulación naturalista que a

9. Aristóteles (1988, p. 58).

la ciencia empírica moderna. Aun así, si bien Blumenbach aplicó ciertos criterios de superioridad «estética» a ciertas formas de cráneos, en contraste a Emmanuel Kant el médico alemán no creía en jerarquías innatas o capacidades determinadas por la raza.

Hoy, dos siglos y medio más tarde, la clasificación de Blumenbach no debe parecer nada descabellada para personas no estudiadas en el complejo tema de la diversidad humana. Si vamos a cualquier ciudad occidental y le preguntamos a una persona al azar: «Dígame, por favor, cuáles son las razas mayores de la especie humana», no serían pocos los que contestarían algo así como: «Blanco, africano y asiático» o, una respuesta aún más simplista: «Blanco, negro y chino». En plena ignorancia, le apuntaría a tres de cinco de las «razas» de la tesis doctoral de Blumenbach.

Ahora bien, ¿qué dice la Biblia al respecto? El libro de Génesis expone su propia explicación respecto de *por qué existen y cuáles son* las principales «gentes»<sup>10</sup> o divisiones mayores del ser humano. En el libro de Génesis los humanos se clasifican en tres grupos. Sin embargo, estos no son «blanco, africano y asiático». Las «razas» mayores se denominan según los descendientes de los tres hijos de Noé: Shem, Kham y Yefet. El hebreo de tiempos bíblicos, sin televisión, sin viajes en avión y sin restaurantes de comida internacional, no tenía manera de conocer al subsahariano, al europeo nórdico, al estepario de Asia central, al aborigen australiano o al indígena americano. Por lo tanto, las tres «razas» del Génesis se limitan a los «pueblos» que los hebreos conocieron en su círculo geográfico inmediato y que ellos mismos agruparon de manera subjetiva. Dicho círculo era, básicamente, toda el Levante, Egipto, Mesopotamia, Anatolia, Arabia, Persia y algo de los navegantes que venían desde el Egeo. El capítulo 10 del Génesis nombra y enumera a cada uno de *los hijos de los*

10. La palabra en hebreo amim (אִמִּים) quiere decir literalmente «gentes» o «people» en inglés, que también traduciríamos como «pueblos». Otra palabra usada en el hebreo es goyim (גוֹיִם) que fue traducida al griego como *ethnos* (ἔθνος) y al latín como *nationes*. En español, también usamos a veces la misma palabra «pueblos» como sinónimo de «etnias» y de «naciones». No hay palabra en hebreo bíblico que se refiera más específicamente a «raza».

*hijos* de Noé y resume brevemente cuáles de ellos engendraron a cuáles etnias o naciones. «Brevemente» digo, porque lo que Génesis afirma resolver en un par de páginas, los naturalistas y antropólogos del siglo XIX no lograron consensuar ni tras extensas tesis doctorales.

Aun así, desde la expansión del cristianismo, consolidándose en la Edad Media, y permaneciendo hasta el siglo XIX, la historia de Shem, Kham y Yefet fue la *única* versión que tenían a mano los europeos en cuanto se refiere al origen de la diversidad fenotípica de la especie humana. No obstante, siendo la Biblia una fuente de información de tan escuetas palabras, era necesario realizar elaboraciones adicionales para rellenar todos los vacíos. Uno de los primeros en hacerlo había sido el historiador judío-romano Flavio Josefo en el siglo I d. C. En base a esta y luego de sucesivas profundizaciones (en la medida de que se hacía evidente que existían más «naciones» en el mundo), se fue aceptando como verdad establecida que cada «raza» humana, de alguna u otra manera, se originaba de uno de los hijos de Noé. De acuerdo con esta clasificación, se entendía que los tres patriarcas de toda la humanidad fueron:

- **Shem:** padre de la mayoría de los pueblos de Cercano Oriente (semitas).
- **Kham:** padre de algunos pueblos afroasiáticos no considerados semitas, tales como los egipcios, a lo que la tradición posterior incorporó a todos los africanos. También incluye a los cananeos, problema que examinaremos en mayor detalle en el siguiente capítulo.
- **Yefet:** padre de las gentes del noroeste (Anatolia y el Egeo), a lo que la tradición posterior incorporó a todos los europeos.

Tal como los pueblos descendientes de Shem fueron llamados «semitas», así también los europeos medievales comenzaron a verse como «yafetitas» o «yaféticos». Muchos siglos más tarde, el doctor Blumenbach determinó por sus estudios que «el cráneo arquetipo de la raza europea» era mejor representado por los ejemplares que recopiló en la región del **Cáucaso**. Desde entonces

que el término «caucásico» en algunas instancias empezó a reemplazar al término «yafético» para referirse a la «raza» blanca/europea. El término se popularizó bastante en los años que siguieron. Sin embargo, ninguna disciplina científica ha demostrado que exista alguna característica común y excluyente que permita definir a un individuo caucásico de uno que no lo es, por lo que el término está prácticamente obsoleto en biología y antropología física. Se sigue usando, por ejemplo, para fines administrativos en Estados Unidos, como un término pseudo-políticamente-correcto para denominar a los «blancos» de origen europeo, en contraste con los *Native Americans*, los *African Americans* y los *Latinos* (estos últimos, dependiendo del contexto, a veces sí y a veces no, van clasificados dentro del grupo de los blancos/caucásicos), siendo esos cuatro los principales «grupos étnicos»<sup>11</sup> que componen ese país. Pero en realidad, fuera de ser solamente un puente de tierra que conecta Asia suroccidental con la estepa eurasiática, la región del Cáucaso nada tiene de especial que la justifique como lugar de origen de todo un grupo racial.

Durante la primera mitad del siglo XIX en Europa y Norteamérica, se siguió publicando abundante material en antropología racial. Mientras más la ciencia insistía en separar a los seres humanos en categorías raciales, más sustento se proporcionaba a quienes creían que existía una jerarquía natural de las mismas. A este (mal) uso de la ciencia para promover y justificar prácticas racistas se le denominó (a posteriori) **racismo científico**, el cual en casi todos los casos era resultado de una manipulación de la evidencia empírica. Como vimos, el siglo XIX se caracterizó por su lenta transición hacia la liberación de las personas en situación de esclavitud, y fue en contexto de esta misma controversia que la ciencia (más bien la pseudociencia) remó con fuerza en sentido contrario. La Biblia no había sido explícita en nombrar a «todos» (si es que realmente son enumerables) los grupos raciales existentes, lo que empezó a inclinar el pensamiento en favor de la teoría poligenista, especialmente entre los proesclavistas de

11. En estricto rigor, la etnicidad tiene que ver más con identidad cultural (subjetivo) que con verdaderas poblaciones genéticas.

Estados Unidos. Es decir, que algunos grupos humanos no eran descendientes de Adán y Eva, y que habían sido creado por separados, no a imagen y semejanza de Dios sino como subhumanos o «bestias del campo».

En 1833, la esclavitud fue declarada ilegal en el Imperio británico, pero la carrera científica en asuntos raciales no se detuvo. Si ya no era con el fin de organizar la sociedad en función de las diferencias «naturales» entre las razas, era para llenar un muy inquietante vacío de conocimiento. Pues tres preguntas aún seguían sin resolver: el misterio del origen del ser humano, el porqué de la diversidad humana y el porqué del éxito de la «raza» blanca-europea. Aquí es donde sería injusto no mencionar especialmente a dos científicos verdaderamente rigurosos e imparciales, que hicieron invaluable colaboración al conocimiento en sus propios campos. Abordando la interrogante de la diversidad humana de manera tangencial y desinteresada en el más amplio contexto de su genuina pasión por comprender diversos aspectos de la naturaleza y la historia del planeta, el escocés Charles Lyell y el prusiano Alexander von Humboldt publicaron, a mediados del siglo XIX, sus propias observaciones y teorías en relación con estos temas. Fueron pioneros en sugerir, con evidencia, que la Tierra era mucho, mucho más antigua de lo que proponía la Biblia, y que cambios geológicos y biológicos tienen que haber ocurrido gradualmente, a lo largo de vastos períodos de tiempo. Siendo ambos monogenistas, creyentes del origen común de toda la especie humana, describieron el rol que ejercía el ambiente para inducir cambios en los seres vivos mediante adaptación, pavimentando el camino, en cierta forma, a las ideas de Darwin.

Sin embargo, entonces, al igual que hoy, eran pocos los que leían o hacían caso a los científicos más rigurosos. A nivel popular y oficial, empezó a darse por asumido en Europa que la humanidad se dividía al menos en tres «razas» y sus respectivas subdivisiones:

- **Caucasoide:** a su vez dividida en las «razas» semítica, camítica y aria (ver más adelante).

- **Negroide:** la «raza» africana, más el australoide/malayo descrito por Blumenbach.
- **Mongoloide:** los asiáticos orientales, incluyendo la «raza» americana y la polinésica.

Si lo simplificamos, nuevamente tenemos «blanco, negro y asiático». Pero como novedad, las tres «razas» originalmente planteadas en la Biblia (Shem, Kham, Yefet) ahora aparecían como subdivisiones del grupo mayor llamado blanco o caucasoide, siendo el concepto de «raza aria» intercambiable con el elemento yafético. Los caucasoides conformaban el grupo racial más «puro» de la humanidad, pero de este, la subdivisión «aria» era la forma *ideal* y *original* de la «raza» caucasoide. Algunos plantearon que Adán y Eva habían sido los más perfectos ejemplares de la especie humana, y que habían pertenecido a la raza aria; por lo tanto, los caucásicos-arios que aun vivían en el presente eran los más fieles representantes de la «humanidad original». Esto implica necesariamente que las «razas» no-caucásicas representaban «desviaciones» del modelo ideal, atribuidas a un proceso hipotético llamado «degeneración racial», condicionado posiblemente por factores ambientales. Las razas caucasoides no-arias, también habrían aparecido producto de la degeneración racial en el transcurso de los siglos. En el capítulo 8 exploraremos los orígenes etimológicos e ideológicos del concepto de «raza aria».

Uno de los más notorios poligenistas, quien no intentó siquiera revestir sus ideas con el lenguaje de la ciencia, fue el aristócrata francés Arthur de Gobineau, en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (cuatro volúmenes entre 1853 y 1855). En dicha obra argumentó desde un análisis puramente especulativo, que existían diferencias intelectuales entre las distintas «razas» humanas y que las únicas formas de civilización habían sido construidas por —o producto del contacto con— las «razas» blancas. Un acérrimo defensor del antiguo régimen<sup>12</sup>, Gobineau

12. *Ancien Régime*. El sistema político francés previo a la Revolución francesa, que postulaba el poder absoluto de la monarquía. Análogo, para ese entonces, a lo que hoy llamaríamos la derecha conservadora.

además explicó que las aristocracias europeas eran portadoras de las formas más puras de «raza» aria y que debían conservar su lugar dominante en la sociedad, por el bien de esta. Sin embargo, y en rechazo a los movimientos liberales, democráticos y nacionalistas que sacudían Europa por esos años, Gobineau consideraba que dada la avanzada e irreversible degeneración racial de las masas, el derrumbe de la civilización era inevitable.

### EL DARWINISMO, SECUESTRADO POR IDEOLOGÍA Y PSEUDOCIENCIA

Con la publicación de *El origen de las especies* en 1859, Darwin fue el primero en sugerir que todos los organismos vivos tenían un origen común, y que las especies no existen estáticas a través del tiempo, sino que pueden, dicho burdamente, «cambiar de especie» si observamos la línea genealógica en dos momentos muy distantes en el tiempo. El golpe al tradicionalmente establecido modelo creacionista fue duro, pues en este nuevo modelo, las especies vivas no podían haber sido «creadas desde un principio», sino que eran resultado de un proceso natural, no guiado ni planificado. Adicionalmente, tanto la teoría de la evolución de las especies mediante selección natural, como su segunda obra publicada, *The Descent of Man* (1871), tuvieron un significativo impacto en la discusión del origen de la diversidad humana.

Los escritos de Darwin fueron inicialmente recibidos con escepticismo y polémica. Pero hacia las últimas décadas del siglo XIX, la comunidad científica empezó a considerar algunos conceptos darwinianos con mayor seriedad. Y ¿qué pasó? Podríamos suponer que un modelo que propone un origen común para todos los humanos, a partir de una línea evolutiva animal, que nos hace —a todos y en igual medida— parientes evolutivos de los grandes simios, les habría bajado los humos a los supremacistas blancos. Pero ocurrió todo lo contrario. Por un desafortunado alcance semántico

de la palabra, la «evolución» de Darwin fue erróneamente entendida como sinónimo de «progreso», una idea muy alineada con la ideología industrial-capitalista que en esa época movía la sociedad occidental. Se asumió en ese entonces —y muchos aún tienen la noción de— que existe el proceso contrario de evolución, que sería la involución o evolución retrógrada. Pero la evolución en realidad no es progreso, sino, más bien, la adaptación de una especie a un ambiente específico. Un ejemplo es el metabolismo «ahorrador de calorías» que nuestros antepasados de la Era del Hielo desarrollaron como respuesta a una dieta baja en carbohidratos y alta en grasa animal. En esa época, los que no contaban con un metabolismo ahorrador no podían sobrevivir largos períodos sin comer. No podía estimarse cuánto tiempo pasaría entre un banquete de mamut asado y el siguiente. Por lo tanto, los que tenían metabolismo ahorrador estaban mejor adaptados para esas condiciones ambientales, pero no por eso eran más evolucionados. Pues hoy, en que todo tipo de brebajes y comestibles altos en azúcares pueden adquirirse en cada esquina, el metabolismo ahorrador en vez de salvarnos la vida nos provoca obesidad y diabetes. El más débil de un ambiente X podría ser el más apto de un ambiente Y, y viceversa. Lo mismo es cierto para la pigmentación de la piel. La melanina de la piel de las personas pigmentadas es un excelente protector del daño de la radiación ultravioleta. Pero en condiciones de baja radiación, la piel muy pigmentada dificulta la síntesis de vitamina D, motivo por el cual existen entre los humanos distintos tonos de piel menos pigmentada. Lo que es bueno en un ambiente puede no serlo en uno distinto. Cierto, la evolución es la que ha creado organismos cada vez más complejos, lo cual puede a veces entenderse como «progreso». Pero reflexionemos en lo siguiente: cuando la humanidad y todos los organismos complejos dejen de existir producto de algún cataclismo planetario, serán las bacterias las que con alta probabilidad seguirán existiendo.

Aun así, el modelo darwiniano habla de «selección natural por sobrevivencia del más apto». Para que una población evolucione, necesariamente los «débiles» deben perecer en la lucha por la existencia. Siempre y cuando comprendamos que

la calificación de «débil» está definida por el ambiente y no por una condición intrínseca, absoluta, esencial del individuo. Pero siendo malinterpretada y aplicada a conceptos de jerarquía racial y social, el modelo de selección natural podía ser —y fue— llevado a alcances macabros.

Esta fue la reconstrucción de escena: si todas las «razas» humanas habían comenzado la misma carrera paralela y una sola de estas estaba ejerciendo supremacía política sobre otras y/o parecía haber alcanzado mayores logros intelectuales que otras, era perfectamente razonable —bajo esta lógica— plantear que dicha «raza» se había hecho más apta o capaz a través de mecanismos darwinianos. Así, necesaria e inevitablemente, sus grupos menos aptos habían perecido en «la lucha por la existencia», dejando el camino libre para los que conservaban su aptitud. Con el modelo darwiniano, la historia se explicaba por sí sola. Los blancos-europeos dominaban el mundo porque, ¡claro! En su historia evolutiva habían pasado por una muy rigurosa «selección natural» que, favoreciendo a los mejores y eliminando los peores, había conducido a su «raza» hacia un nivel intelectual superior. Ahora que los europeos habían entrado en contacto con variedades humanas previamente aisladas, era solo «natural» que en ese enfrentamiento los menos aptos disminuyeran en número, que fueran hechos súbditos o que trabajaran en tareas más físicas. El colonialismo no solo era inevitable, sino también deseable. Pero ¡cuidado con los contactos sexuales coloniales! —algunos argumentaban— pues era fundamental proteger la pureza racial de la raza superior, ya que, de mezclarse con razas menos «pulidas», el proceso de selección natural se vería obstaculizado y los logros de la humanidad se verían frenados.

En este escenario, la guerra, la hambruna y la desigualdad social eran males necesarios, porque estimulaban el «avance» de la evolución. Algunos incluso sostenían la opinión de que quien contribuyera a la eliminación de los individuos inferiores estaba facilitando el progreso de la especie humana. A pesar de lo escandaloso que puede sonar todo esto a nuestros oídos del siglo XXI, no debe extrañarnos que durante el siglo XIX y la primera mitad

del siglo XX este tipo de mentalidad hacía perfecto sentido en el pensamiento occidental. En ausencia de una explicación más completa y convincente, la historia de los recientes siglos parecía ser evidencia suficiente. No sería fácil refutar el peso de la evidencia; era innegable que los europeos se habían hecho dueños de la mitad del mundo, y por lo visto, eran los únicos que habían logrado descifrar las leyes naturales del cosmos «gracias a su elevado intelecto». ¿De qué otra manera podía explicarse que las razas africana, nativoamericana y oceánica habían desplegado tan pobres logros intelectuales, siendo fácilmente esclavizadas, sometidas o exterminadas?

A principios del siglo XX, la biología darwiniana también empezó a aplicarse para comprender las rápidas transformaciones que las sociedades estaban experimentando como resultado de la industrialización. En las ciudades industriales había aparecido una numerosa clase trabajadora, cuyos miembros residían en suburbios pobres y hacinados, y se enfrentaban a la más cruda y desregulada explotación laboral. La problemática de la desigualdad social venía siendo examinada por múltiples filósofos desde la época de la Ilustración, como Jean-Jacques Rousseau, el mismo Arthur de Gobineau, Karl Marx, Herbert Spencer<sup>13</sup>, solo por nombrar unos pocos. Pero ahora había aparecido el llamado **darwinismo social**, el cual sostenía que los individuos de clase alta habían alcanzado este puesto a través de mecanismos naturales y que no tenía sentido estimular «artificialmente» el desarrollo de las clases bajas, ya que la «naturaleza» eliminaría a los poco aptos, y aquellos que estaban «destinados» para sobrevivir y progresar así lo harían, de manera que la humanidad futura sería superior. El darwinismo social era además un estímulo para la clase media para esforzarse y trabajar duro, pues el modelo sostenía que las clases altas también engendraban individuos ineptos y/o holgazanes, los cuales pronto serían eliminados de su clase, cediendo su espacio a individuos de clase media mejor capacitados. Así pues, la sociedad «se limpia sola». De igual manera, en Estados

13. De hecho, había sido Spencer, con su visión evolucionista de las sociedades, quien había influenciado a Darwin en primer lugar.

Unidos se propusieron modelos darwinianos para fundamentar y fomentar la competitividad del libre mercado; de acuerdo con este razonamiento, el fracaso de muchas empresas era un «mal necesario» para que solo las mejores empresas alcanzaran el éxito. Obstaculizar el *laissez-faire* con regulaciones de bienestar social era frenar el progreso hacia un futuro cada vez mejor.

Luego, empieza a conversarse el concepto de **eugenesia**: la práctica de «intentar mejorar la raza» mediante maniobras de manipulación de la reproducción humana. De hecho, había sido un primo de Darwin, llamado Francis Galton, quien a fines del siglo XIX había acuñado el término. Naturalmente que, resulta difícil practicar la eugenesia en una población si no se aplican políticas totalitarias. Todas estas líneas de pensamiento que combinaban pseudociencia con filosofía política hicieron sinergia con los nacionalismos fascistas que gatillaron la Segunda Guerra Mundial.

Durante el régimen del Tercer Reich en Alemania, la colectividad nacional auto percibida como la «versión más pura de la raza aria», se empeñó en eliminar a las llamadas «razas degeneradas» que vivían entre ellos —como, por ejemplo, la «raza semita»— como medida para propulsar el progreso nacional. Cuando salieron a la luz los crímenes cometidos en ese período, provocaron tal impacto en el Occidente liberal que el péndulo ideológico de la posguerra se inclinó hacia el lado opuesto. El resultado: los sectores liberales del mundo impulsaron como nunca antes en la historia, una retórica basada en la conciencia humanitaria, la tolerancia, la igualdad de derechos, la justicia social, y la llamada «libertad de los pueblos». Ideales indudablemente nobles, pero que, intencionalmente o no, pueden ser instrumentalizados para empujar formas de totalitarismo blando o incluso doctrinas revolucionarias. Esto ha levantado alertas a los sectores de eje libertario por su amenaza a la democracia, la economía de mercado, las libertades individuales, y la propiedad privada. En cierta forma, ya había pasado antes: Karl Marx había surgido en el seno de una tradición intelectual liberal, pero llevó el ideal de la justicia social al extremo, proponiendo imponer la igualdad mediante la dictadura del proletariado. Y, en efecto, los movimientos

políticos derivados de sus ideas dieron lugar al establecimiento de dictaduras —aunque no exactamente «del proletariado»— sino de regímenes autoritarios de criminalidad comparable a la del nacionalsocialismo alemán. Ahora, el progresismo moderno, que recoge elementos del pensamiento marxista, promueve igualdad de derechos entre clases y diversidades identitarias, por lo que se ve a sí mismo como la antítesis del fascismo. Ciertamente, su propuesta de trato hacia las minorías étnicas es diametralmente opuesta, promoviendo la inclusión y la reparación histórica. No obstante, ambas ideologías se asemejan en que sus narrativas manifiestan propósitos que dentro de su propio delirio utópico son interpretadas —por ellos mismos y por sus votantes convencidos— como «nobles», pero que comparten similar riesgo de derivar en regímenes que coartan la libertad de pensamiento y cancelan a la disidencia. Por lo tanto, ambas son peligrosas en igual medida, cuando no son chequeadas por políticas basadas en evidencia y un riguroso pensamiento crítico.

Ahora volviendo a temas de raza, escribiendo en el siglo XXI el pensamiento ha evolucionado en muchos aspectos, aunque ciertos patrones persisten bajo nuevas formas. Podríamos afirmar que cualquier intento de apología a la esclavitud humana será marginalizado e incluso públicamente denunciado. Hoy tenemos la palabra «racismo» para referirnos a la obsoleta pseudociencia que postula que los humanos deben ser clasificados en «razas» y que de alguna manera esto es relevante para el orden social. «Racista» es una de las palabras más sensibles y cargadas de nuestros tiempos. Virtualmente ningún político en el mundo desea ser denunciado como tal, pues puede significar el fin de su carrera, e incluso cuando su sistema de pensamiento puede ser profundamente racista —lo cual puede operar a nivel consciente o subconsciente— nunca declarará serlo; al menos, no con esa palabra. El concepto de «raza» prácticamente dejó de existir en el pensamiento académico-liberal, pero sigue estando presente, por ejemplo, en quienes favorecen una lectura literal de la Biblia por sobre el científico, representando en muchos países los votantes de la derecha conservadora. El progresismo por su parte, ha llevado el esfuerzo para

combatir el racismo hasta el absurdo, paradójicamente *reforzando* el concepto de segregación por «razas» mediante la creación forzada de identidades de grupo, aunque sea con el aparentemente noble objetivo de defender los derechos de las mismas.

## ¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE LA DIVERSIDAD?

Más allá de las tendencias políticas y culturales, nadie puede negar que las diferencias fenotípicas entre poblaciones humanas que tienen distintos orígenes existen, y que son empíricamente medibles. Lo que sucede es que la rama de la antropología que se interesaba en estudiarlas perdió su combustible principal: la justificación de un orden social jerárquico. Hoy en día, algunas diferencias entre las llamadas «razas» se siguen estudiando, principalmente en el campo de las ciencias biomédicas. Por ejemplo, mayor o menor susceptibilidad a adquirir ciertas enfermedades, variabilidad en el efecto de fármacos, etc. Esto es porque efectivamente, algunas poblaciones con poca exposición histórica al mestizaje tienden a concentrar estos rasgos genotípicos, fenómeno que ha resultado ser cuantificable y útil para estas disciplinas. Y como vimos en el capítulo anterior, las diferencias de ADN entre distintos grupos humanos son tan patentes que han permitido trazar rutas de migración humana en distintos momentos de nuestro pasado. Pero algún día en el futuro, dependiendo del nivel de globalización y mestizaje, estas diferencias heredables asociadas al origen geográfico pueden dejar de existir. Ese día, quizá ya no existirán personas con piel tan oscura como los actuales subsaharianos «puros». Ese día, podría afirmarse en lenguaje coloquial que «los negros se extinguieron». Pero no fue muerte lo que ocurrió, sino todo lo contrario. Los genes de tan intensa pigmentación simplemente se diluyeron entre variantes genéticas de menor pigmentación. Las actuales personas de piel negra serán ancestros de muchas futuras personas de piel «medianamente

pigmentada». Este escenario a su vez invita a la reflexión para reexaminar la afirmación de que «los neandertales se extinguieron». No se extinguieron realmente; los neandertales viven en nosotros<sup>14</sup>. De igual manera, desafía antiguos paradigmas la noción cada vez más sustentada en evidencia, de que los neandertales europeos tenían la piel poco pigmentada, en comparación con los *Homo sapiens* «recién salidos de África» unos 50.000 años atrás, con un tono de piel que hoy catalogaríamos como oscura. En palabras simples, los neandertales eran «más blancos» que nuestros ancestros anatómicos de esa época. Y luego, nosotros también, nos despigmentamos en el camino.

Aun con todo este análisis, todavía no podemos resolver la pregunta que se hizo Darwin en Tierra del Fuego: ¿cómo es que los europeos se elevaron a ser los poseedores de la alta civilización, mientras que, por ejemplo, los fueguinos, con un potencial intelectual supuestamente equivalente y con la misma cantidad de años viviendo en este mundo, seguían siendo todavía salvajes y primitivos? Revisemos los hechos.

La Segunda Guerra Mundial marcó el ocaso del imperialismo europeo. No obstante, las huellas que dejó dicho orden mundial son tan profundas que pueden apreciarse hasta el día de hoy. Toda nuestra civilización globalizada-científica-capitalista del siglo XXI está modelada de acuerdo con los parámetros definidos por la hegemonía europea. La manera como nos vestimos, cómo hablamos, incluso cómo pensamos, es un reflejo de la historia mundial de los últimos 400 años. Incluso los países más lejanos y tradicionales han adoptado elementos de la cultura europea predominante; jefes de estado de Turquía, Siria, China y Japón usan trajes oficiales al estilo occidental. Pero todo esto en realidad había comenzado con mucha anterioridad. ¿Siempre los europeos fueron poseedores de la alta civilización?

La primera civilización avanzada que se vio en suelo europeo corresponde al período que llamamos la **Antigüedad Clásica**,

14. Otra reflexión interesante: los dinosaurios no se extinguieron, pues las aves son sus descendientes genéticos.